



Capítulo 494: Zafiro contra Fénix

"¡Baja de aquí!" Ella rugió, canalizando todo su poder en un solo golpe.

El suelo bajo sus pies se agrietó mientras concentraba fuego en sus brazos, formando una esfera brillante tan densa que parecía contener un sol en miniatura. El aire a su alrededor se ondulaba, distorsionando todo lo que se encontraba a pocos metros de él.

Con un grito, arrojó la esfera al fénix.

La explosión fue ensordecedora. La bola de fuego atravesó el cielo, atravesando el humo, y cuando chocó con la criatura, el destello fue tan intenso que por un instante borró todos los colores del bosque.

Zafiro cayó de rodillas, jadeando y su cuerpo sudando por el esfuerzo. Una sonrisa arrogante se formó en su rostro.

"Déjame verte tragarte eso..."

Pero, poco a poco, la luz de la explosión se disipó.

Y allí estaba.

El fénix, intacto.

No sólo intacto—sino más grande, más radiante, como si renaciera aún más poderoso de ese ataque. Sus plumas eran ahora llamas doradas que bailaban





como estandartes en el viento, y cada latido de sus alas prendía fuego al aire, esparciendo brasas brillantes que caían como lluvia de fuego.

Los ojos de Zafiro se abrieron.

"No..." ella murmuró con incredulidad. "¿Es... más fuerte?"

La respuesta llegó en la canción del fénix. Un sonido firme y antiguo que descendió sobre ella como un veredicto.

Zafiro apretó los dientes, pero su orgullo no le permitió dar marcha atrás. Al contrario.

Si cada golpe fortalecía a la criatura, entonces necesitaba convertirse en algo aún más destructivo.

Llamas azules comenzaron a elevarse alrededor de su cuerpo, más calientes y violentas que nunca. El calor era tan intenso que el suelo mismo empezó a derretirse, convirtiéndose en charcos incandescentes.

Sus ojos brillaban con la misma furia que las llamas que la envolvían.

"No perderé contra ti..." dijo suavemente, casi como un juramento. "¡Ni a ti, ni a nadie!"

Con un salto, levantó el brazo y desató un torrente de fuego azul contra el fénix, un ataque tan intenso que pareció devorar incluso la misma luz que lo rodeaba.

Esta vez, el fénix no se quedó quieto.





Se lanzó desde el cielo en un magnífico salto, atravesando el torrente con su cuerpo envuelto en sus propias llamas doradas. El impacto de los dos incendios en colisión sacudió al mundo—El azul del zafiro contra el oro del fénix, dos mares de fuego compitiendo por el aire.

El rugido resonó como una batalla de dioses.

Zafiro sintió que la presión la aplastaba, pero ella continuó gritando, forzando cada gramo de poder que tenía. El viento le quemó la piel, la energía amenazaba con destruirla, pero ella no cedió.

El fénix, sin embargo, parecía luchar con una calma casi serena, como si no tuviera prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Y, sin embargo, incluso frente a esa resistencia, Zafiro no dio marcha atrás.

Al contrario—ella sonrió.

Una sonrisa loca, de alguien que finalmente había encontrado algo digno de ella.

"Así que esto es..." murmuró entre dientes, las llamas azules ardían cada vez más brillantes. "¡Por fin encontré a alguien que puede manejarlo!"

Zafiro gritó, un rugido tan salvaje que pareció romper el aire mismo.

Las llamas azules alrededor de su cuerpo rugían como si estuvieran vivas, extendiéndose en columnas que tocaban las copas de los árboles y las





derretían en brasas. Su cabello estaba suelto, mezclándose con el fuego, como si cada mecha fuera una mecha brillante lista para explotar.

Ella avanzó.

Sus manos se transformaron en garras en llamas, y cada golpe que lanzaba al espacio hacía que el aire chisporroteara y se encendiera. Envío cortes de fuego que atravesaron el cielo con rayas azules, cada uno más rápido y más violento que el anterior.

El fénix, sin embargo, los esquivó con gracia.

Sus alas doradas latían lentamente, dispersando chispas que iluminaban el campo de batalla. Ella no huyó— simplemente se movió como una bailarina, como alguien que elige ver la lucha desesperada de un niño contra una pared irrompible.



"¡Deja de jugar conmigo!" Zafiro gritó, levantando ambas manos.

El suelo tembló. Desde sus pies se abrió una fisura que se extendía en todas direcciones como venas de fuego. Desde la grieta brotaron columnas de llamas azules que transformaron el bosque en un infierno. Los animales huyeron gritando, los árboles fueron consumidos en segundos y el cielo se volvió gris y rojo.

La ola de destrucción siguió al fénix, que estaba muy arriba.

Por un momento, Zafiro creyó que la criatura sería tragada. El calor era devastador y las llamas demasiado feroces para que cualquier ser pudiera vivir en ellas.



Pero entonces, de en medio del fuego, emergió una silueta dorada.

El fénix extendió sus alas y un solo golpe disipó las llamas. Como si apagara una hoguera con un soplo, disipó todo el poder de Zafiro, dejándolo a un lado. El infierno azul se rompió en chispas y desapareció en el aire.

Zafiro se quedó quieto por un segundo, con la boca abierta, incapaz de creer lo que veía.

Y antes de que pudiera reaccionar, la criatura se lanzó hacia ella.

El impacto del vuelo del fénix no fue físico, sino energético. El calor dorado que emanaba de su cuerpo golpeó con fuerza a Zafiro, arrojándola hacia atrás como una hoja en el viento. Se estrelló con fuerza contra el suelo, dejando un cráter de tierra quemada.

Jadeando, se levantó, escupiendo sangre y sonriendo de odio.

"¿Eso es todo?" dijo, incluso mientras temblaba de dolor. "¡Todavía estoy de pie!"

Con un movimiento rápido, se lanzó nuevamente al aire. Su cuerpo parecía un cometa, una esfera azul brillante. A mitad del salto, comenzó a girar, acumulando energía a su alrededor. En cuestión de segundos, todo su cuerpo se convirtió en una sierra en llamas, lista para atravesar cualquier cosa.

Ella chocó con el fénix.





El shock sacudió al mundo. La explosión se extendió como una onda de choque azul, derribando árboles a kilómetros de distancia. El humo lo cubría todo, convirtiendo el bosque en un mar negro asfixiante.

Zafiro cayó de pie, jadeando, con las rodillas temblando por el esfuerzo.

Ella miró hacia arriba, tratando de ver a través del humo.

"Vamos... muéstrate..." murmuró, con un rastro de sangre saliendo de la comisura de su boca.

La respuesta llegó como un destello.

De las cenizas surgió el fénix, imaculado. Sus plumas doradas no sólo resistieron el ataque, sino que brillaron más que antes, como si el golpe no hubiera sido más que combustible para aumentar su fuerza.



El corazón de Zafiro latía con fuerza en su pecho. Una mezcla de rabia y... miedo.

Pero ella no se rindió.

"¡Maldito seas!" Ella rugió, escupiendo más sangre. "¡Yo... acabaré contigo!"

Reuniendo la energía que le quedaba, extendió los brazos y creó dos lanzas en llamas. Los proyectiles vibraban, inestables, como si estuvieran a punto de explotar. Con un grito, los arrojó a ambos contra la criatura.

Las lanzas atravesaron el aire como un rayo y explotaron al chocar con el pecho del fénix. El flash volvió a iluminar todo.

Pero cuando la luz se desvaneció, el resultado fue el mismo.

El fénix permaneció. Majestuoso. Intacto.

Levantó el cuello y soltó un canto largo y profundo que resonó en el aire. El sonido era a la vez hermoso y aterrador, resonando como una canción de victoria.

Zafiro cayó de rodillas, con los brazos temblando y el cuerpo destrozado por el exceso de poder que desató. Su pecho se agitaba y cada respiración sonaba como cuchillas atravesándola.

Ella se rió. Una risa amarga, casi histérica.

"Esto es imposible... nadie puede soportar tanto..."

Pero sus ojos todavía ardían. Todavía había orgullo.

Ella se levantó de nuevo, incluso cuando sus piernas cedieron. Creó espadas de fuego en cada mano y corrió hacia adelante, cortando el aire y lanzando furiosos golpes a la criatura.

El fénix, en respuesta, simplemente agitó sus alas.

Cada ritmo evitaba los golpes. Cada movimiento de sus plumas incandescentes deshizo el poder de Sapphire. El contraste era brutal: toda furia humana contra la serenidad imbatible de un ser divino.





"¡Pelea conmigo de verdad!" Zafiro rugió, lágrimas mezclándose con sudor y sangre.

Pero el fénix no respondió. Simplemente siguió cantando.

Cada nota de la canción parecía un cruel recordatorio: no importa cuánto grites, no importa cuánto quemes—no eres suficiente.

El zafiro volvió a caer. Su cuerpo no pudo soportarlo más. Su fuego parpadeaba, débil, inestable.

Y encima de ella flotaba el fénix. Un sol dorado en el cielo del bosque destruido.

Zafiro levantó la cabeza, con los ojos medio cerrados y la respiración entrecortada.

"Entonces... es así..." murmuró, con la voz débil pero aún llena de orgullo. "No eres mi enemigo. Eres... mi espejo."

Y ella sonrió, una sonrisa enfermiza, pero genuina.

"Me pondré en contacto contigo. Aunque tenga que destruirme mil veces... lo haré."

El fénix descendió lentamente, batiendo sus alas con calma, hasta que flotó ante ella. Por un instante, sus ojos se encontraron.

Y en esa mirada, Zafiro vio algo más allá de la indiferencia. Ella vio una invitación silenciosa.





El fuego dorado de la criatura comenzó a envolverla, no como un ataque, sino como para probar si podía soportar el calor del renacimiento.

Zafiro sintió que su cuerpo ardía, cada celda gritaba. Pero en lugar de huir, abrió los brazos y aceptó las llamas.

"Entonces vamos..." ella murmuró. "Veamos quién quema primero."

